



## EL PEOR VIAJE DE MI VIDA MAGÜI MIRA

# Pánico, pero también una bellísima expectativa

▶ A punto de ir de gira por toda España con 'Salomé', la artista recuerda un viaje que tuvo lugar hace 75 años

PEP GORGORI

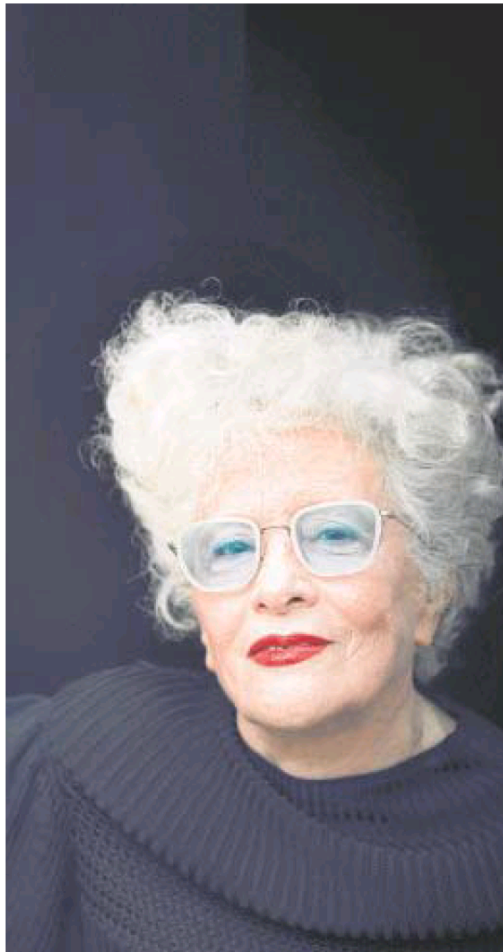


El cineasta Béla Tarr decía ayer en este mismo diario que no le interesan las historias, que son siempre las mismas desde el Antiguo Testamento, que lo que le interesa es cómo se narran. Hoy, la directora, actriz, dramaturga y productora Magüi Mira me da una lección práctica de cómo relatar cuando le pregunto por el peor viaje de su vida. La trama es sencilla, y cualquier otra persona sin el don de contar vidas lo resolvería diciendo que se rompió un brazo de niña y que el trayecto hasta el hospital se le hizo eterno porque eran otros tiempos y los medios de transporte estaban muy mal. Y aquí se acabaría la contraportada. Pero no, Magüi Mira no es de esas personas.

Con la primera frase ya me ha atrapado: «Es un viaje que todavía me sigue viniendo a la cabeza y lo recuerdo perfectamente: lo oigo, lo veo, lo huelo. Yo era muy pequeña, 5 años». Estaba en un pueblo de Valencia, con su abuela, jugando y, efectivamente, se rompió un brazo. Sus padres en Valencia ciudad, y ella sola con la abuela en un pueblo casi perdido en la montaña. «Me tienen que llevar a la civilización, a Alcoy, a que me vea un médico. Bueno, pues el tío Pepe me llevó en burro. Hasta la carretera. Yo, con el brazo roto». Porque claro, había que coger un autobús hasta la capital, pero hasta la parada del bus había que apañárselas. En burro.

Sorpresa: el peor viaje no fue el del burro, esto solamente es la introducción. No llega ni a primer acto. Lo bueno es lo del autobús. Ese sí que es el peor viaje. Año 1949. A aquel autobús lo llamaban El Alcoyano, y era uno de esos de morro chato. «No hablábamos. El tío Pepe no hablaba, solo me daba de beber de su cantimplora. Yo, 5 años. Nunca había subido en un autobús así, lleno de gente». De hecho, aunque iba abarrotadísimo, ahí nadie hablaba: «Todo el mundo iba en silencio, solo oíamos el ruido del autobús, ensordecedor». «Cuando llegábamos a un pueblito, se bajaba todo el mundo y yo me quedaba sola en el autobús porque al tío Pepe le dijo mi abuela que no me moviera porque llevaba el brazo roto», y entonces «el chófer se bajaba y cerraba el autobús y entonces yo imaginaba -y eso es lo que todavía a veces me acelera el corazón- que ese autobús empezaba a circular conmigo, sola, dentro».

Sin darme cuenta, me encuentro haciéndole preguntas como si estuviéramos alrededor de una hoguera: ¿Y por qué bajaba toda la gente del autobús en cada pueblo? «Pues porque hacía mucho calor. Era verano. Todo el mundo sudaba. Ibamos con las ventanas abiertas y un ruido ensordecedor. Los asientos eran de plástico o de madera. La gente, sudada, se pegaba al plástico y baja-



La actriz y directora Magüi Mira // SERGIO & XIMENA.

ban a airearse. Y a hacer sus necesidades, digo yo. Y a beber agua». A estas alturas, ha logrado que yo también oiga, vea y huelo su viaje. Supongo que de eso se trataba.

El relato se acaba aquí, porque el resto es previsible: un dolor atroz cuando le colocaron el hueso en su sitio, y una buena temporada con el brazo en cabestrillo. La lesión se curó, pero las enseñanzas quedaron: «El ir a un sitio desconocido tenía una parte de pánico y otra parte de bellísima expectativa, que es como entiendo yo la vida». Ahí descubrió no su vocación teatral, pero sí su don de la observación, fundamental en su oficio.

De entre las historias que se van contando de manera diferente una y otra vez, la de Salomé es una de las que ha interesado a más creadores a lo largo del tiempo: esa mujer que obtuvo la cabeza del Bautista en bandeja de plata para poder besarlo. Magüi Mira estrenó su 'Salomé' el pasado verano en el Festival de Mérida, y este fin de semana empieza la gira por

España con un reparto que protagoniza Belén Rueda. «El sexo tiene el poder de mover el mundo. De amarlo, te diría yo, también. Y de destruirlo. Y ese poder se llama Salomé», me dice. El resto, habrá que verlo en el escenario. La pregunta en qué ciudades se podrá ver y dispara una retahíla: empiezan en Málaga, y luego Roquetas de Mar, Zaragoza, San Sebastián de los Reyes, Arganda, Valencia, Bilbao, Córdoba, Santander, Avilés, Barcelona... \*

**Durante el terrible viaje en autobús hacia el hospital, descubrió su don para la observación**

## BALA PERDIDA



ÁNGEL ANTONIO HERRERA

## Yo fui Beckenbauer

Se me apaga uno de los naipes principales de mi niñez de escuela de provincias

No me queda tarde el obituario a Beckenbauer, porque su muerte supone el diagnóstico de la mía. Quiero decir que ya se me va quedando vacía de cromos la infancia, con lo que mi futuro se alegra de luto. Viví el triunfo de Beckenbauer en el Mundial del 74 con una fiebre de hinchas, siendo niño, en lo alto del verano, porque Beckenbauer me parecía lo que era, un emperador de la intuición, un aristócrata del pase, un geómetra entre patadas. Eso, y que nunca se despeinaba, yendo siempre despeinado. Para mí el fútbol fue una poesía antes de la pasión definitiva de la poesía, y ahí está en la copa Beckenbauer, que era de los míos, jugando en Alemania. Me embelesó Beckenbauer un rato antes que Baudelaire, o Lorca. Hasta me hice con una camiseta del dorsal 5, el suyo, para competir entre chavales. Igual que un día me ensayé la lámina del poeta romántico, con levita y tuberculosis y todo, yo fui Beckenbauer. Hablo de los años setenta, cuando aún no se nos había hecho evidencia el verso cierto del clásico: «Y la vida no es noble ni buena ni sagrada». Tuve también el 10 de Velázquez, un dorsal grandioso que gustaba mucho los chicos salvajes del fútbol de afición incurable. El 10, y el 4, de Pirri. Pero acaba de morir Beckenbauer, y se me apaga uno de los naipes principales de mi niñez de escuela de provincias, y su ausencia es clamorosamente el diagnóstico de la lejanía de mi propia infancia, que cada vez parece más cerca, pero vive más remota. Aquellos futbolistas son un costado luminoso de mi propia familia, ya escasisima, ahí al fondo de mi vida, una familia de difuntos que arrima la lápida de hoy al cromo de entonces. La muerte tiene estas cosas, que de pronto se lleva a Beckenbauer, un bávaro con cabeza de filósofo, un elegante que practicaba el pensamiento en calzoncillos, sin mirar apenas al balón. Debo mucho al comercio fabuloso con los poetas, pero también al hechizo de algún futbolista como Beckenbauer, que es y no es futbolista. Pero sí un mágico magisterio en la infancia, entre dios del recreo y ángel de la zancada.